

La visión humanística integral de Pedro Henríquez Ureña

Juan de la Cruz¹



El humanismo es la perspectiva filosófica del ser humano sobre su propia existencia en la faz de la tierra, mediante la cual hace conciencia de su rol ante sí mismo, para con los demás y frente al entorno natural, social, económico, político, cultural y espiritual en que le toca desenvolverse.

El humanismo no existió siempre, sino que tuvo sus inicios desde el momento mismo en que el ser humano se hizo consciente de que para superar las condiciones adversas en que le tocaba vivir, era necesario partir

¹ Historiador graduado en la UASD. Profesor de Historia Dominicana, Historia Universal e Historia de América de la Escuela de Historia y Antropología de la UASD. Maestría en Educación Superior por la Universidad Iberoamericana (UNIBE) y Magister en Filosofía por la Universidad del País Vasco (UPV) y la UASD. Ha escrito varias obras, como autor o coautor, entre las que destacan: *La Resistencia Indígena y Negra en Quisqueya* (1992); *Independencia Nacional, Guerra Restauradora y Masas Populares* (1993); *Filosofía de la Ignorancia, Duda de la Duda y Cotidianidad* (2006); *Andrés Avelino, el Más Grande Filósofo Dominicano* (2007) y *Lógica, Hermenéutica y Filosofía de la Historia en República Dominicana* (2010). En la actualidad es Director del Instituto de Historia y miembro de la Comisión de Autoestudio y Evaluación Institucional de la UASD.

del reconocimiento de sí mismo, aceptar su identidad, hacerse consciente de sus límites y posibilidades, prodigar amor a los demás, enfrentar junto a otros los obstáculos que le impone el medio circundante y estar en capacidad de soñar con una vida mejor para el porvenir.

Aunque en diversos pueblos de la época primitiva y de la edad antigua podemos encontrar diversas expresiones de humanismo, es en la civilización griega cuando éste adquiere su máximo esplendor por primera vez, continúa manifestándose con gran fuerza en diversas esferas de la sociedad romana y, tras un largo período de dominación casi exclusiva del culto a lo divino, resurge, como el ave fénix, en el período renacentista.

El humanismo en las actuales circunstancias solo puede ser concebido si entendemos que la individualidad está estrechamente conectada a los anhelos colectivos de la comunidad y la sociedad en general; si nos hacemos conscientes de nuestra propia ignorancia y comprendemos que solo mediante la superación permanente es que podemos lograr mayores niveles de bienestar individual y colectivo; si asumimos que la virtud en todos los ámbitos de nuestra vida es el tesoro más preciado que debemos guardar y cultivar; si practicamos y predicamos que el respeto a la vida de todos los seres que cohabitamos en el planeta es el mayor gesto de amor que podemos prodigarnos a nosotros mismos, a los demás y al hábitat en que actuamos; si logramos que la filosofía, la ciencia y la tecnología sean puestas al servicio de la paz, la justicia, la equidad y el bien común; si integramos la solidaridad a nuestra práctica cotidiana, que es el más claro indicador de cuán conscientes somos de nuestra humanidad.

El doctor Pedro Henríquez Ureña, en tanto humanista contemporáneo, sintetizó en su magnífica formación los aspectos más relevantes de las culturas oriental, grecolatina, hispánica, latinoamericana y norteamericana clásica, moderna y contemporánea. La visión humanística que adquirió desde finales del siglo XIX y durante las cuatro primeras décadas del siglo XX

sobre la Filosofía, la Ciencia, las Letras y la Cultura en general, en su Santo Domingo natal, Haití, Cuba, México, Estados Unidos, España y en la Argentina, le permitió incidir de forma determinante en la generación con la que compartió inquietudes intelectuales.

En esa perspectiva resaltan figuras cimeras de las letras, el arte, la ciencia y la filosofía latinoamericana y española como Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Diego Rivera, Francisco Romero, Jorge Luís Borges, Ernesto Sábato, José Ingenieros, Adolfo Bioy Casares, Américo Lugo, Gastón Fernando Deligne, Tulio M. Cestero, Federico García Godoy, Mariano Picón Salas, Enrique José Varona, Juan Marinello, Nicolás Guillén, José Enrique Rodó, Juana de Ibarborou, José Carlos Mariátegui, Gabriela Mistral, Germán Arciniegas, Ramón Menéndez y Pelayo, Ramón Menéndez y Pidal, Rafael Altamira y Amado Alonso, entre otros.

La concepción asumida por Henríquez Ureña sobre las humanidades es sumamente amplia, razón por la cual aspiraba a que ésta ejerciera un sutil influjo espiritual en todo el proceso de reestructuración política, cultural e intelectual que vivió México tras la revolución popular del año 1910. Y es que nuestro pensador asume que las humanidades *“son más, mucho más, que el esqueleto de las formas intelectuales del mundo antiguo: son la musa portadora de dones y de ventura interior, ‘fors olavigera’ para los secretos de la perfección humana”* (Henríquez Ureña, 1998:22).

Henríquez Ureña no acepta la hipótesis del progreso indefinido, universal y necesario que sustentan algunos pensadores para justificar que todos los pueblos que integran el planeta están compelidos ineluctablemente a lograr los mismos niveles de desarrollo, ya que cada uno posee características distintivas que no les son atribuibles a los demás; en cambio, acepta la creencia del “milagro helénico”, en el caso del pueblo griego, por cuanto supo combinar de una manera satisfactoria aspectos de la terrenalidad mundana y humana con una amplia perspectiva de la trascendencia.

1. Antiguo Oriente: Las esperanzas, fuera del alcance humano

Sobre las características de los pueblos que conformaron el antiguo Oriente, Henríquez Ureña nos hace un retrato inigualable, en el que destaca sus grandes virtudes y sus grandes debilidades. Veamos:

“Las grandes civilizaciones orientales (arias, semíticas, mongólica u otras cualesquiera) fueron sin duda admirables y profundas: se les iguala a menudo en sus resultados pero no siempre se les supera. No es posible construir con majestad mayor que la egipcia, ni con elegancia mayor que la pérsica; no es posible alcanzar legislación más hábil que la de Babilonia, ni moral más sana que la de la China arcaica, ni el pensamiento filosófico más hondo y sutil que el de la India, ni fervor religioso más intenso que el de la nación hebrea. Y nadie supondrá que son ésas las únicas virtudes del antiguo mundo oriental. Así la patria de la metafísica budista es también patria de la fábula, del ‘thier epos’, malicioso resumen de experiencias mundanas... Todas esas civilizaciones tuvieron como propósito final la estabilidad, no el progreso; la quietud perpetua de la organización social, no la perpetua inquietud de la innovación y la reforma. Cuando alimentaron esperanzas, como la mesiánica de los hebreos, como la victoria de Ahura-Mazda para los persas, las pusieron fuera del alcance humano: su realización sería obra de las leyes o las voluntades más altas” (Henríquez Ureña, 1998:22-23).

Está claro, que para las civilizaciones del antiguo Oriente, la idea de progreso e innovación permanente desde el ser humano y para el usufructo de éste no fue su prioridad, por cuanto la máxima aspiración de sus gobernantes y guías espirituales era alcanzar la estabilidad política que proporciona la perenne quietud de sus fuerzas sociales. Por esa razón, ponían en mano de las fuerzas divinas la realización de cualquier ideal de redención o

progreso; o, en el mejor de los casos, recurrían al establecimiento de normas rígidas de convivencia, mediante la imposición de tablas, códigos, leyes y mandamientos, que permitieran pautar las actuaciones de tipo moral y ético de sus habitantes o para castigar las conductas e inconductas, las acciones o desacciones del ser humano que tuvieran como propósito cambiar el estado de cosas vigente en esas sociedades jerarquizadas.

2. Grecia: Paradigma del Humanismo

El pueblo griego ve en el progreso y en la innovación perenne, consustanciales a la creatividad individual del ser humano y a la convivencia social, su leit motiv de existencia. Y es que si bien la civilización griega bebió de la fuente inagotable de los pueblos milenarios del Oriente (tal como se recoge en los textos narrativos de historiadores como Heródoto y Tucídides), tuvo la capacidad de recrear las experiencias y los conocimientos adquiridos para estructurar una cultura original y trascendente, donde la perspectiva humana ocupó el lugar más relevante. Sobre este particular, Henríquez Ureña (1998:23-24) nos dice:

“El pueblo griego introduce en el mundo la inquietud del progreso. Cuando descubre que el hombre puede individualmente ser mejor de lo que es y socialmente vivir mejor de cómo vive, no descansa en averiguar el secreto de toda mejora, de toda perfección. Juzga y compara; busca y experimenta sin tregua; no le arredra la necesidad de tocar a la religión y a la leyenda, a la fábrica social y a los sistemas políticos. Mira hacia atrás, y crea la historia; mira hacia el futuro, y crea las utopías, las cuales, no lo olvidemos, pendían su realización al esfuerzo humano. Es el pueblo que inventa la discusión; que inventa la crítica. Funda el pensamiento libre y la investigación sistemática. Como no tiene la aquiescencia fácil de los orientales, no sustituye el dogma de ayer con el dogma predicado hoy:

todas las doctrinas se someten a examen, y de su perpetua sucesión brota, no la filosofía y la ciencia, que ciertamente existieron antes, pero sí la evolución filosófica y científica, no suspendida desde entonces en la civilización europea... El conocimiento del antiguo espíritu griego es para el nuestro moderna fuente de fortaleza, porque la nutre con el vigor de su esencia prístina y aviva en él la luz flamígera de la inquietud intelectual. No hay ambiente más lleno de estímulo; todas las ideas que nos agitan provienen, sustancialmente, de Grecia, y en su historia las vemos afrontarse y luchar desligadas de los intereses y los prejuicios que hoy las nublan a nuestros ojos... Pero Grecia no es sólo mantenedora de la inquietud del espíritu, del ansia de perfección, maestra de la discusión y de la utopía, sino también ejemplo de toda disciplina. De su actitud crítica nace el dominio del método, de la técnica científica y filosófica; pero otra virtud más alta todavía la erige en modelo de disciplina moral. El griego deseó la perfección, y su ideal no fue limitado, como afirmaba la absurda crítica histórica que le negó sentido místico y concepción del infinito, a pesar de los cultos a Dionisos y Deméter, a pesar de Pitágoras y de Meliso, a pesar de Platón y Eurípides. Pero creyó en la perfección del hombre como ideal humano, por humano esfuerzo asequible, y preconizó como conducta encaminada al perfeccionamiento, como 'prefiguración' de la perfecta, la que es dirigida por la templanza, guiada por la razón y el amor. El griego no negó la importancia de la intuición mística, del 'delirio' -recordad a Sócrates- pero a sus ojos la vida superior no debía ser el perpetuo éxtasis o la locura profética, sino que había de alcanzarse por la 'sofrosine'. Dionisos inspiraría verdades supremas en ocasiones, pero Apolo debía gobernar los actos cotidianos... Ya lo veis: las humanidades, cuyo fundamento necesario es el estudio de la cultura griega, no solamente son enseñanza intelectual y placer estético, sino también, como pensó Matthew Arnold, fuente de disciplina moral. Acercar a los espíritus a la cultura humanística es empresa de augura salud y paz".

La antigua Grecia es para Henríquez Ureña la fuente esencial de que se nutre todo humanismo, por cuanto constituye el huerto fecundo de donde brotan todas las ideas que en la actualidad se agitan como torbellino incesante en las mentes y en el quehacer cotidiano de todos aquellos que conformamos la civilización occidental. De igual manera, destaca los dones que posee ese pueblo, al indicar que fue creador, al mismo tiempo, de la historia que se refiere al pasado y de las utopías que, en tanto ansias de perfección, se refieren al futuro y logran su concreción gracias al esfuerzo efectivo de los seres humanos; por inventar la discusión, la crítica y el método; por echar las bases del pensamiento libre y de la investigación sistemática en los más diversos ámbitos de la filosofía, la ciencia, el arte y la disciplina moral. No hay dudas de que nuestro pensador toma como referencia fundamental al pueblo griego para elaborar su concepción humanística integral, a quien estima poseedor de todas esas virtudes peculiares e impercederas.

3. El Renacimiento: Interpretación moderna del mundo clásico griego

Henríquez Ureña (1998:24) reconoce de forma crítica que si bien el Renacimiento significó *“el retorno a las ilimitadas perspectivas de empresa intelectual de los griegos, no pudo darnos la reconstitución crítica del espíritu antiguo. Fue época de creación y de invención, y hubo de utilizar los restos del mundo clásico, que acababa de descubrir, como materiales constructivos, sin cuidarse de si la destinación que les daba correspondía a la significación que antes tuvieran. La antigüedad fue, pues, estímulo incalculablemente fértil para la cultura europea que arranca de la Italia del siglo XV; pero se la interpretó siempre desde el punto de vista moderno: rara vez se buscó o alcanzó el punto de vista antiguo”*.

Con gran espíritu crítico, Henríquez Ureña enjuicia al movimiento cultural e intelectual renacentista, que tanto bien hizo al

desarrollo material y espiritual de la sociedad, por entender que en el plano de las humanidades tuvo un carácter limitado, al no generar entre los ciudadanos de entonces un espíritu creativo, emprendedor, de libre pensamiento y moralizante que tuviera como centro al ser humano. Sin embargo, no deja de reconocer los grandes aportes del Renacimiento, en lo que concierne a la utilización de múltiples y nuevos recursos relacionados con la forma.

4. Movimiento Intelectual Alemán:

El nuevo humanismo que exalta la cultura clásica griega

Henríquez Ureña ve en el movimiento de renovación intelectual que se desarrolló en la Alemania de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, el nuevo humanismo que verdaderamente exalta la cultura clásica griega, con figuras tan relevantes como Immanuel Kant, Friedrich Hegel, Friedrich Schiller, Friedrich Schelling, Johann Gottlieb Fichte, Heinrich Heine y otros. Refiriéndose a la gran rectificación que se necesitaba en aquel momento, Henríquez Ureña (1998:25) expresa:

“Y llegó al cabo, con el segundo gran movimiento de renovación intelectual de los tiempos modernos, el dirigido por Alemania a fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. De ese período, que abre una era nueva en filosofía y en arte, y que funda el criterio histórico de nuestros días, data la interpretación crítica de la antigüedad. La designación de ‘humanidades’, que en el Renacimiento tuvo carácter limitativo, adquiere ahora sentido amplísimo. El ‘nuevo humanismo’ exalta la cultura clásica, no como adorno artístico, sino como base de formación intelectual y moral”.

Asimismo, Henríquez Ureña destaca los grandes beneficios obtenidos por las letras españolas de ese trascendente y fructí-

fero movimiento de renovación intelectual alemán, pues de allí salieron los métodos que contribuirían a renovar la erudición española, después de dos centurias de labor difícil e incoherente, cuando los introdujo don Manuel Milá y Fontanals y luego los propagó don Marcelino Menéndez Pelayo y su destacada escuela, de la cual Ramón Menéndez Pidal fue su más aventajado discípulo.

5. Perspectiva Humanística Hispanoamericana: La Revolución Popular Mexicana de inicio del siglo XX

Una experiencia más cercana a nosotros es la Revolución Popular Mexicana de principios del siglo XX, la cual no sólo implicó cambios económicos, sociales y políticos muy profundos, sino que trajo consigo cambios radicales en el orden cultural e intelectual, en los cuales jugó un rol de primer orden nuestro gran humanista. Sobre esos cambios, el propio Henríquez Ureña (2004a:306-308) nos cuenta:

“El nuevo despertar intelectual de México, como toda la América Latina en nuestros días, está creando en el país la confianza en su propia fuerza espiritual. México se ha decidido a adoptar la actitud de discusión, de crítica, de prudente discernimiento, y no ya de aceptación respetuosa, ante la producción intelectual y artística de los países extranjeros; espera, a la vez, encontrar en las creaciones de sus hijos las cualidades distintivas que deben ser la base de una cultura original...El preludio de esta liberación está en los años de 1906 a 1911. En aquel período, bajo el gobierno de Díaz, la vida intelectual de México había vuelto a adquirir la rigidez medieval, si bien las ideas eran del siglo XIX, ‘muy siglo XIX’. Toda Weltanschauung estaba predeterminada, no ya la teología de santo Tomás o de Duns Escoto, sino por el sistema de las ciencias modernas interpretado por Comte, Mill

y Spencer; el positivismo había reemplazado el escolasticismo en las escuelas oficiales, y la verdad no existía fuera de él. En teoría política y económica, el liberalismo del siglo XVIII se consideraba definitivo. En la literatura, a la tiranía del 'modelo clásico' había sucedido la del París moderno. En la pintura, en la escultura, en la arquitectura, las admirables tradiciones mexicanas, tanto indígenas como coloniales, se habían olvidado: el único camino era imitar a Europa. ¡Y qué Europa: la de los deplorables salones oficiales! En música, donde faltaba una tradición nacional fuera del canto popular, se creía que la salvación estaba en Leipzig... Pero en el grupo a que yo pertenecía, el grupo en que me afilié a poco de llegar de mi patria (Santo Domingo) a México, pensábamos de otro modo. Éramos muy jóvenes (había quienes no alcanzarán todavía los veinte años) cuando comenzamos a sentir la necesidad del cambio. Entre muchos otros, nuestro grupo comprendía a Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Acevedo el arquitecto, Rivera el pintor. Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leímos los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte pompiere; nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a

contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en aptitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico... Bien pronto nos dirigimos al público en conferencias, artículos, libros (pocos) y exposiciones de arte. Nuestra juvenil revolución triunfó, superando todas nuestras esperanzas... Nuestros mayores, después de tantos años de reinar en paz, se habían olvidado de luchar. Toda la juventud pensaba como nosotros”.

Es indiscutible que esa generación, de la cual Henríquez Ureña fue uno de sus principales mentores, contribuyó enormemente a la transformación cultural e intelectual del México de las primeras décadas del siglo XX, lo que permitió que tanto la filosofía, la ciencia como el arte centraran su quehacer fundamentalmente en el ser humano, partiendo de las tradiciones milenarias de la población aborígen e integrando los diversos aspectos de aquel presente sacudido por grandes transformaciones revolucionarias en todos los órdenes.

6. El Humanismo integral de Pedro Henríquez Ureña: la visión de sus discípulos, condiscípulos y contemporáneos

Son escasos los intelectuales de Hispanoamérica que en su labor literaria y pedagógica hayan logrado una excelente ponderación tanto de sus discípulos como de sus condiscípulos y contemporáneos, procedentes de las más diversas corrientes de pensamiento u orientación ideológica. Pues en algunos casos son ponderados positivamente por sus discípulos pero criticados acremente por sus condiscípulos y contemporáneos, o viceversa. Pedro Henríquez Ureña es una de esas personas excepcionales de nuestro continente que tuvo la oportunidad de vivir y compartir en diferentes países tanto de América como de

Europa y en todos ellos, con su labor humanística integral, contribuyó enormemente a sentar las bases para el surgimiento de una nueva generación de pensadores del más alto nivel. Procedamos a ver tan sólo algunos puntos de vistas de sus discípulos, condiscípulos y contemporáneos sobre la luminosa trayectoria de este gran humanista hispanoamericano.

Alfonso Reyes, figura cimera de las letras mexicanas, así como compañero de batallas intelectuales y amigo íntimo de Henríquez Ureña, nos describe de este modo al gran Pedro de América:

“Nativo de la hermosa isla antillana, la primada de las Indias, la predilecta de Colón; brote de una familia ilustre en la poesía, en la educación y en el gobierno; fadado desde la primera hora por las musas; mentalmente maduro desde la infancia, al punto que parecía realizar la paradójica proposición de la ciencia infusa; inmensamente generoso en sus curiosidades y en su ansia delirante de compartirlas; hombre recto y bueno como pocos, casi santo; cerebro arquitecturado más que ninguno entre nosotros; y corazón cabal, que hasta poseía la orenda superior de desentenderse de sus propias excelencias y esconder sus ternuras, con varonil denuedo, bajo el inasible manto de la persuasión racional, Pedro, el apostólico Pedro, representa en nuestra época, con títulos indiscutibles, aquellas misiones de redención por la cultura y la armonía entre los espíritus, que en Europa se cobijan bajo el nombre de Erasmo, y en América bajo el de ese gran civilizador, peregrino del justo saber y el justo pensar, que fue Andrés Bello” (SEE-BAC, 1996:546-547).

En Henríquez Ureña se combinan de una forma maravillosa el ser humano de alma noble y generosa con el pensador dotado de una formación intelectual superior, la que siempre supo compartir con los demás. Este es el verdadero apostolado de un humanista a carta cabal.

Del acendrado humanismo de Henríquez Ureña, el filósofo argentino Francisco Romero nos dice lo siguiente:

Acaso ninguna designación convenga más a Pedro Henríquez Ureña que la de humanista. Fue -cosa exquisita y rara- un humanista de nuestro tiempo, y con ello creo yo que dio la mejor lección de su fecunda vida de maestro... El humanismo consiste en la asimilación de la cultura, en su incorporación al espíritu en los términos de una profundización y potenciación de lo esencial humano. La humanidad crea la cultura en un esfuerzo plural nunca interrumpido; la cultura ofrece aspectos puros, libres de cualquier escoria, en los que se manifiestan las capacidades y los anhelos más elevados del hombre -y otros de menor dignidad, de índole práctica, utilitaria-. El humanismo es la concentración personal de aquel primer aspecto o sector de la cultura, su reconducción al hombre, el enriquecimiento del individuo con todos los bienes de orden superior producidos por la especie, la animación del tesoro disperso al ser encarnado en una persona humana... Pedro Henríquez Ureña ha sido un humanista a la moderna. Ningún recinto de la cultura le era extraño y por todos transitaba con paso firme, tan ajeno a la inseguridad como al alarde. Cuando se atendía a su horizonte intelectual, sorprendía por lo vasto y por no mostrar huecos. Pero apenas se lo trataba un poco de cerca, se advertía que lo principal en este hombre de saber no era el saber mismo, sino la perfecta asimilación de lo sabido, que había pasado a ser sustancia suya propia" (Tena Reyes y Castro Burdiez, 2001:410 y 414).

El humanismo de Henríquez Ureña nunca constituyó una pose, sino un estilo de vida cotidiano. Así lo ponen de manifiesto sus condiscípulos y discípulos, en la medida en que supo compartir con cada uno de ellos todo el tesoro cultural que encarnaba en su persona, siempre seguro de sí pero sin hacer alarde de su vasto universo intelectual. Este hombre fue, ante

todo, un maestro que tenía al ser humano como la fuente fundamental de inspiración y realización plenas.

Otro argentino, que reúne en sí amplios conocimientos de literatura, de física atómica y de filosofía existencialista -a la que Jean-Paul Sartre denomina humanismo-, es el escritor Ernesto Sábato, quien fue, sin duda, uno de los discípulos más aventajados de Pedro Henríquez Ureña. Sobre el maestro, él nos habla en estos términos:

“Fue un espíritu de síntesis, que ansiaba armonizar el mundo de la razón con el de la inspiración irracional, el universo de la ciencia con el de la creación artística. Su síntesis de individuo y universo, de razón y emoción, de originalidad y tradición, de concreto y abstracto, de hombre y humanidad es evidente en toda su obra de investigación y de enseñanza. No era un ecléctico; era un romántico que quería el orden, un poeta que admiraba la ciencia” (Tena Reyes y Castro Burdiez, 2001:56).

Henríquez Ureña busca armonizar inteligentemente la razón con la emoción, la filosofía y la ciencia con la creación artística y literaria, pero donde la preocupación por el ser humano se yergue en el motivo esencial de sus investigaciones, reflexiones y enseñanzas, conjugando en cada una de ellas la originalidad y la tradición.

En torno a la labor crítica de este dominicano ilustre, el peruano José Carlos Mariátegui, uno de los precursores de las ideas marxistas en América Latina, elogia en uno de sus artículos la trascendental obra *Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión*, hacia el año 1929, cuando afirma:

“En Henríquez Ureña se combinan la disciplina y la mesura del crítico estudioso y erudito con la inquietud y la comprensión del animador que, exento de toda ambición directiva, alienta la esperanza y las tentativas de las generaciones jóvenes. Henríquez Ureña sabe todo lo que valen el aprendi-

zaje escrupuloso, la investigación atenta, los instrumentos y métodos de trabajo de una cultura acentrada; pero aprecia, igualmente, el valor creativo y dinámico del impulso juvenil, de la protesta antiacadémica y de la afirmación beligerante. Su simpatía y su adhesión acompañan a las vanguardias en la voluntad de la superación y en el esfuerzo constructivo. De ninguna crítica me parece tan necesitada la actividad literaria de estos países como de la que Pedro Henríquez Ureña representa con tanto estilo individual” (Tena Reyes y Castro Burdiez, 2001:305-306).

La crítica literaria basada en una investigación acuciosa y sopesada, así como la animación cultural de las nuevas generaciones en la prefiguración de su propio camino, fueron dos de las más bellas y sistemáticas acciones desplegadas de forma fecunda por Henríquez Ureña en su trayectoria intelectual, estimulando así la creatividad y el ingenio de no pocos jóvenes de su época, que luego trascendieron como figuras claves del parnaso literario, artístico y cultural hispanoamericano.

Amado Alonso, compañero de investigaciones lingüísticas de Henríquez Ureña, publicó junto a éste una Gramática Castellana y otros textos no menos importantes en el campo de las letras y la enseñanza del idioma español. Sobre la tríada del humanismo hispanoamericano que constituyen Andrés Bello, Rufino José Cuervo y Pedro Henríquez Ureña, Alonso nos dice:

“Tres humanistas de primer orden, tres grandes investigadores de las letras ha producido hasta ahora nuestra América: Andrés Bello, Rufino José Cuervo y Pedro Henríquez Ureña. Los tres compartieron el destino de vivir la mayor parte de su vida fuera de su patria natal. El venezolano Bello, en Londres y Santiago de Chile; el colombiano Cuervo en París; el dominicano Pedro Henríquez Ureña en Cuba, en México, en Estados Unidos, unos pocos años en Europa y muchos en la Argentina. Los tres sintieron con honesta conciencia la existencia de una patria más grande, y la vida en tierras de lengua

extraña aclaró en sus mentes lo que de patria común tiene un idioma común. Por eso fueron valerosos y tenaces defensores de la unidad lingüística hispanoamericana... Con sus virtudes comunes y dotes peculiares, Bello, Cuervo y Henríquez Ureña son la honra de América en los estudios humanísticos, los tres, pares entre los grandes de otras tierras” (SEEBAC, 1996:581-582).

Es muy trascendente que un gran investigador español como Amado Alonso coloque al dominicano Henríquez Ureña entre los tres más grandes humanistas que ha dado el continente americano, junto al venezolano Bello y el colombiano Cuervo, teniendo los tres en común haber vivido la mayor parte de su existencia fuera de su lar nativo, la necesidad de construir una patria grande y próspera y la importancia que le otorgaron a tener un idioma común, en este caso el castellano.

Por último, sobre la grandeza humanística de Henríquez Ureña, nos habla un compatriota suyo, el más grande filósofo de la República Dominicana, Andrés Avelino, quien nos alecciona cuando proclama:

“Pedro Henríquez Ureña es uno de los más grandes humanistas de que puede vanagloriarse este mundo moderno antihumanista. Elevado tipo de persona muy escaso en esta civilización en que la ciencia, la técnica y el trabajo manual baten en retirada a la arquitectura perfecta del alma humana. Como Platón, creía él que el trabajo manual no deforma sólo el cuerpo sino también el alma. Es el hombre que dedica toda su vida al cultivo de la persona; no le interesan las cosas ni la materia sino en cuanto son infundidas de valor en la forma expresiva que le da el espíritu. Busca en desnudo la expresión porque en ella trascienden los productos objetivos de la cultura. Es él uno de los pocos hombres que en el mundo hacen desprecio del dinero para poner toda su acción al servicio de la cultura. Vio lo económico con un valor de utilidad que debía estar siempre al servicio de los valores más altos. Fue humano

que no anduvo jamás detrás del oro sino que, por el contrario, el dinero fue tras de él, en tímida ofrenda, temeroso de ofender su espiritualidad con su presencia” (SEEBAC, 1996:652).

Es evidente que Pedro Henríquez Ureña, por la dilatada labor intelectual que desarrolló, tiene entre sus discípulos, condiscípulos y contemporáneos más cercanos y más lejanos, el don de ser considerado “*casi un santo*”, “*un profeta*”, un hombre que supo “*armonizar el mundo de la razón con el de la inspiración irracional*”, uno de los “*tres más grandes humanistas de América*” y un “*ser humano que no anduvo jamás detrás del oro sino que, por el contrario, el dinero fue tras de él, en tímida ofrenda, temeroso de ofender su espiritualidad con su presencia*”.

Su gigantesca producción en los ámbitos de la historia de la cultura, la filosofía, la filología, la lingüística, el arte y las letras, tanto dominicana, hispanoamericana, hispánica como norteamericana, a lo largo y ancho del continente americano y de España, convirtió a Henríquez Ureña en uno de los más grandes estudiosos y conocedores de la realidad hispanoamericana, razón por la cual soñó con hacer realidad su utopía de convertir, en una sola patria, grande y próspera, a todos los pueblos de América.

Bibliografía

- Álvarez, Julia (2002), *En el Nombre de Salomé*, México, Alfaguara.
- Alvarez, Soledad (1980), *La magna patria de Pedro Henríquez Ureña*, Santo Domingo, Colección Siboney.
- Avelino, Andrés (1946), *Pedro Henríquez Ureña: Filósofo y Humanista*, Homenaje a Pedro Henríquez Ureña, Ciudad Trujillo, Universidad de Santo Domingo, Volumen 50, pp. 87-118.
- Barcia, Pedro Luís (Compilador) (2006), *Pedro Henríquez Ureña y la Argentina*, Santo Domingo, Dirección General de la Feria del Libro.
- Collado, Miguel (Compilador) (2006), *Ideario de Pedro Henríquez Ureña*, Santo Domingo, Ediciones CEDIBIL.

- Durán, Diony (1992), *La Flecha de Anheló*, La Habana, Cuba, Editorial Letras Cubanas.
- González Tapia, Carlisle (1998), *El Pensamiento Lingüístico de Pedro Henríquez Ureña (Primer lingüística dominicano y primer dialectólogo de Hispanoamérica)*, Santo Domingo, Editora Universitaria.
- Henríquez Ureña, Familia (1996), *Epistolario*, 2 tomos, Santo Domingo, Secretaría de Educación, Bellas Artes y Cultos.
- Henríquez Ureña, Familia (2002), *Martí en los Henríquez Ureña*, Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación.
- Henríquez Ureña, Pedro (1994), *Las Corrientes Literarias en América Latina*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica.
- Henríquez Ureña, Pedro (1998), *Ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Henríquez Ureña, Pedro (1988), *Obra Dominicana*, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos.
- Henríquez Ureña, Pedro (2000), *Memorias, Diario, Notas de Viajes*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Henríquez Ureña, Pedro (2001), *Obra Crítica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Henríquez Ureña, Pedro (2003), *Obras Completas*, 5 tomos, Santo Domingo, Editora Nacional de la Secretaría de Estado de Cultura.
- Henríquez Ureña, Pedro (2004a), *Estudios Mexicanos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Henríquez Ureña, Pedro (2004b), *Desde Washington*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Henríquez Ureña de Hlito, Sonia (1993), *Pedro Henríquez Ureña: Apuntes para una Biografía*, México, Siglo Veintiuno Editores.
- Inoa, Orlando (2002), *Pedro Henríquez Ureña en Santo Domingo*, Santo Domingo, Comité Permanente de la Feria del Libro.
- Jaeger, Werner (2006), *Paideia: Los ideales de la cultura griega*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Jimenes-Grullón, Juan Isidro (1969), *Pedro Henríquez Ureña: Realidad y Mito y Otro Ensayo*, Santo Domingo, Editorial Librería Dominicana.

- Krauze, Enrique (1999), *Pedro Henríquez Ureña*, México, CONACULTA.
- Martí, José (1980), *Nuestra América*, Santo Domingo, Buenos Aires.
- Mateo, Andrés L. (2001), *Pedro Henríquez Ureña: Errancia y Creación*, Bogotá, Taurus.
- Mateo, Andrés L. (2006), *¿Por qué vino Pedro Henríquez Ureña en 1931?*, Santo Domingo, Editora Publiguías.
- Ricardo, Yolanda (2003), *Magisterio y Creación. Los Henríquez Ureña*, Santo Domingo, Publicaciones de la Academia de Ciencias de la República Dominicana.
- Rodríguez Demorizi, Emilio (2002), *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña (Biografía)*, Santo Domingo, Educarte.
- Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos -SEEBAC- (1996), *Ponencias de la Semana Internacional en Homenaje a Pedro Henríquez Ureña, 1946-1996*, Santo Domingo: Editora Corripio.
- Tena Reyes, Jorge y Castro Burdiez, Tomás (Compiladores) (2001), *Presencia de Pedro Henríquez Ureña (Escritos sobre el Maestro)*, Santo Domingo, Editora Corripio.
- Ureña de Henríquez, Salomé (1997), *Poesías Completas*, Santo Domingo, Comisión Permanente de la Feria del Libro.
- Vargas, José Rafael (1984), *La Integridad Humanística de Pedro Henríquez Ureña (Antología)*, Santo Domingo, Editora de la UASD.